



EL ROSTRO CLÁSICO DE AMÉRICA LATINA*

*Giuseppina Grammatico***

RESUMEN

La autora articula su exposición en tres partes: Su propia experiencia de lo clásico, su experiencia de lo Cristiano y finaliza con la *“aventura de una experiencia clásica en América Latina”*. Cada aspecto configura los hilos con que se teje una reflexión clara y coherente, sobre el verdadero sentido de una experiencia intelectual.

PALABRAS CLAVE

Clásico, identidad, cristianismo, latín, latinoamericano.

ABSTRACT

The author presents her article in three parts: Her own experience of the classical, her experience of Christianity and *“the adventure of a classical adventure in Latin America”*. Each of these parts contributes to the construction of a clear and coherent reflection, on the true meaning of an intellectual experience.

KEYWORDS

Classical, identity, Christianity, Latin, Latin-American.

I. Mi experiencia de lo clásico

Voy a intentar bosquejar una experiencia que es personal. Al decir “*mi experiencia*”, expreso un sentido de pertenencia -la tengo, me tiene-, de bipolaridad –soy sujeto y objeto de ella-, y de posesión –es mía, aunque no aparezca en mi cuenta bancaria-.

Todos pueden decir como yo: “*mi experiencia*”. Por lo tanto, una experiencia puede pensarse de cada ‘*mí*’, con una connotación a la vez igual y diversa, así como somos iguales y diversos todos los humanos. Es una tenencia a la medida de cada uno, y una posesión que se condensa o difumina, según cuán conscientes estamos de ella.

* Conferencia presentada en el *III Seminario Nacional de Lenguas Clásica y Semíticas*, celebrado en Medellín el 5 y 6 de Mayo de 2005. Organizado por el Grupo de Estudios Clásicos y Semíticos de la UPB.

** Doctora en Letras Clásicas (Univ. De Palermo). Magíster en Filosofía (Univ. Católica de Valparaíso), Directora Centro de Estudios Clásicos (Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación), Presidenta y socia fundadora de la Sociedad Chilena de Estudios Clásicos. Dirección del autor: ggrammar@email.it ggrammar@umce.cl

Artículo recibido el día 23 de Agosto de 2006 y aprobado por el Comité Editorial, el día 13 de Octubre de 2006.

Una *ex/periencia* se hace a partir de algo, de un 'ex'. No siempre tenemos claro si es un *ex* espacial o temporal. Supone, evidentemente, un existir, él también *a partir de un ex*, y el *ex* de ese *ex/sistir* nos configura esencial y originalmente como *fragmentarios y dependientes*, a la vez que *enteros y libres*. Fragmentos pensantes del ser entre un nacer y un morir.

Como en una carrera, estamos todos detrás de una barrera de protección, y nos lanzamos a la pista en el momento en que escuchamos la señal de partida. Y hay un límite, *peras*, y una serie de obstáculos en el recorrido; y cada uno de ellos es un desafío.

Si estoy entre los competidores, tengo que superar esos obstáculos, atravesarlos, *peiro*, penetrando en el tiempo y en el espacio que me separa de ellos, y que los separa unos de otros. Ésto también es bipolar –los penetro, me penetran-. *Soy*, en el acto en que ellos *son*, es decir, en el acto en que se me presentan como obstáculos. *Soy*, y me percibo siendo “*enclave del ser*”.

Es esa experiencia acumulativa la que nos va configurando, moldeando; nos *hace* cada vez algo más sabios y maduros. O, al menos, puede *hacernos* tales, si se lo permitimos.

Lo clásico es una experiencia, o “*no es*”. Ésto significa que su ser depende de nosotros. Nadie puede hacer experiencia de algo por vía indirecta, trámite otro. Ella es propia, irrepetible y no indosable. Otros pueden abrirla la puerta, pero es uno quien le corre al encuentro, la toma de la mano, le hace espacio dentro de sí. Un maestro puede suscitar el deseo de vivirla, de tenerla; no puede ‘hacerla’ por su discípulo. Sólo le es dado comunicar la necesidad de ella, mostrando como el ser queda disminuido, indigente por su ausencia.

Entre las experiencias de mi juventud, en Italia, sin duda, la más enriquecedora es la de lo clásico. Me fue modelando poco a poco, sin sobresaltos, sirviéndose de instrumentos tan simples como los ejercicios de análisis lógico y gramatical de pequeñas frases que –me percato

ahora de ello- eran un verdadero compendio de sabiduría. Oraciones sencillas, nominales o verbales, transitivas o intransitivas; fragmentos de prosa o poesía; sentencias, dichos de hombres ilustres, migajas de saber.

Yo desconocía, por cierto, quién estaba detrás de esas frases, pero Plauto y Terencio, Lucilio y Cicerón, Virgilio y Séneca, Agustín y Boecio, y muchas otras luminarias, casi siempre desde el anonimado, iban deslumbrando mi mente y se iban ganando mi corazón.

Y fui romana.

Luego llegaron los griegos, con la fogosidad que los caracteriza y ensancharon mi mundo. Ya se trataba de otro tipo de ejercicios, ellos también lúdicos, casi histriónicos. Ir en búsqueda del verbo que condensaba la acción principal, siempre o casi siempre cuidadosamente mimetizado en medio de un sinfín de elementos accesorios, constituía una emocionante “caza al tesoro”, y encontrarlo suscitaba en mí una verdadera euforia.

Y me declaré griega, con plena convicción.

Graficar con signos y palabras en un enorme pizarrón, un kilométrico período de Cicerón o de Platón, tan oscuros al inicio como el pizarrón mismo, tenía mucho de magia. Si el dibujo estaba hecho según las más estrictas reglas del arte, casi por encantamiento el párrafo o la página, hasta ese momento incomprensibles, se tornaban casi luminosos, de una claridad meridiana.

Sí; la vida en esos años cabía, toda entera, en aquél rectángulo negro. Siempre hay un camino; basta con quererlo encontrar. De repente, se hacía visible un ordenamiento oculto en que cada palabra, cada signo encajaba como la pieza de un puzzle: y el caos se tornaba cosmos, y la tiniebla, luz. Era la escuela de lo clásico que ya esgrimía, *ad usum delphini*, las primeras nociones de la más alta filosofía.

Supe de disciplina y belleza, de necesidad y libertad, de razón e intuición, de verdades y utopías, de enigmas y de claves para descifrarlos. Como en una estrofa lírica o en una partitura musical, mi vida se iba articulando al compás de una tarea cotidiana que venía pesando y sopesando mi capacidad de almacenamiento, y me transformaba en granero vivo de una simiente que a su tiempo había de germinar.

II. Mi experiencia de lo Cristiano

Desde mi infancia, la experiencia de lo Cristiano, en particular lo católico, se enlaza a la de lo clásico, gracias a mi acceso a las fórmulas litúrgicas en latín de mis primeros libros de oraciones. Puedo recordar aún, con qué alegría mixta a orgullo me unía a la celebración ritual después que, a los once años, empecé a tener clases de lengua latina. Era la lengua de Cicerón y de Virgilio, pero llegó a mí en las palabras de Jesús y de la Iglesia, antes de que yo me adentrara en los textos literarios y, a través de ellos, en la cadencia métrica de los poemas épicos y en la potencia de las imágenes de una oratoria que iba a despertar en mí tanto entusiasmo.

El latín fue para mí lengua sacra y vehículo de fe. Por él caminé, protegida y serena, sin conocer las tormentosas vacilaciones a las cuales están expuestos hoy los adolescentes de la actual generación. Seguir de cerca la liturgia me permitió sentirme y saberme inserta en un universo de orden espiritual que, al igual que el cósmico, se me mostraba regido por una férrea necesidad de ningún modo arbitraria sino buena y oportuna, que respondía a las exigencias del amor.

Descubría, al crecer, la belleza de ese ordenamiento y su perfección. También descubría la alegría de compartirlo con el mundo entero, al interior de una comunidad eclesial cuyo origen se perdía en la lejanía de los tiempos. Fue la mía una experiencia semanal, continua, que marcaba las diferentes

modalidades del tiempo, llevándome a valorar el festivo por sobre el cotidiano. Nunca caía en la rutina, y la frecuencia de esos acercamientos no lograba opacar la maravilla que ellos despertaban en mí.

Las hermosas expresiones latinas, ricas en simbolismo, me mantenían atenta y admirada. Como voces venidas de lo alto, ellas me develaban el rostro de un Dios grande y majestuoso, a la vez que tierno y cercano. La magia de la palabra iba cautivando mi corazón y afinando mi intelecto. Me llevaba despacio, sin prisa, a buscar en los albores de los comienzos el misterio de la palabra fundante, enclave cuya potencia me develaba la alianza de lo infinitamente grande con lo infinitamente pequeño, en un entramado de amor que no dejaba de sorprenderme.

Así, el tiempo del siempre se recortaba y separaba del del ahora, asentándose en lo festivo, pero irradiando sus reflejos en el despliegue de lo cotidiano en el que, a través del estudio, otro tiempo, el de la historia, iba sembrando en los surcos de la mente su fecunda semilla. Fue un largo proceso, del que por cierto no tomé conciencia sino mucho después, o quizás sólo ahora, en el momento en que repienso un pasado que yace, algo olvidado pero siempre latente en mi memoria, y se despliega al compás de una tradición que me fue labrando como terruño y modelando como arcilla. Y esa tradición sigue operando en mí al modo del antiguo *munus*: peso y ala, carga y honor, que trabados en unidad indisoluble ahora aplastan, otrora proyectan a las alturas.

De los viejos Salmos al Evangelio de Juan, los libros sacros, alternándose con los textos épicos, líricos, retóricos, filosóficos, fueron interpelándome, uno tras otro, despertando en mí la maravilla ante aquello que se erguía a lo lejos, al horizonte, como faro de luz. Lo sagrado y lo profano, lo abstracto y lo concreto, se asomaban a mi conciencia ahora fusionándose, otrora confrontándose, sin nunca forzarme pero tampoco eximiéndome del ejercicio de la libre elección, allí donde fuere necesario.

Avanzando por las vías inauguradas antaño por las antiguas legiones que escandían el paso de Roma gloriosa, las estructuras de la lengua latina estaban destinadas a conquistar las mentes y los corazones ya tendidos hacia la Buena Nueva. Y, como aquellas se extendían, firmes y osadas, ante el irresistible anhelo romano de eternidad, éstas se atreven a articular para los humanos nuevos sueños, vueltos a enriquecer la vida en el orden del espíritu.

Únos cuantos siglos atrás, el hombre de la vieja Hélade, cautivado por el asombro ante el prodigio del ser que se le manifestaba en las múltiples secuencias de los mitologemas sacros, si bien desconocía aún el misterio de lo trascendente, ya barruntaba la existencia de ese orden. Se ofrecían a su mirada formas eternas; figuras de los perfiles más variados poblaban el portal mítico de relatos que se sucedían, cadencia tras cadencia, recortándose en el azul intenso de su cielo.

El estupor estremecía a ese hombre que, purificado por el sentimiento humanísimo del asombro, descubría en esas figuras, al Otro de sí, y en ese Otro terminaba por descubrirse a sí mismo. Sí, maravilla es el hombre, si el rayo de la luz divina se posa sobre él. Es menester reconocer los dones de los dioses y no ufanarse por haber sido escogido. Rapsodia 24 de la *Ilíada*: Príamo y Aquiles en pos de un extraño encantamiento. La forma perfecta del hombre –¿o del dios?– esplende ante sus ojos limpios de todo resentimiento. Cala el sipario sobre esas dos siluetas humanas reconciliadas por la mutua admiración. Lo más alto en poesía, antes de que otras fuentes sacras señalen que hay aún eslabones por subir en la senda que conduce a lo más dentro y abajo, a lo más fuera y arriba.

Avanzando por las rutas zigzagueantes del mito, en su *transire* a la historia, la lengua griega, sobrecogida por el estupor de tornarse testigo, se asoma, de la mano de la filosofía, a la contemplación de lo que acontece en el tiempo antes del tiempo, y el Eterno se le revela como un niño absorto en un juego que no termina jamás. “Del niño es el reino” –dice Heráclito. Y

descubre su *alétheia*, moldeada en el fuego del espíritu, en una suerte de perenne *theoría* que le dicta cadencias, las aprisiona en unidades músicas, las recorta en fragmentos de ser deseosos de trenzarse con este o aquél otro fragmento vivo hasta formar, como en un gran abrazo, con sus diminutos cuerpos sonoros, las estrofas de una inefable *theología* himnica.

Y llega el gran momento. “El espíritu aletea sobre las aguas” y en el regazo de una virgen nace el niño que es, él también, rey y dios, en apariencia símil a tantos otros niños divinos del mito, y sin embargo desigual y único, con un *plus* inconmensurable de ternura y de entrega, con un *plus* ilimitado de verdad y de vida. Se abre una fisura, aparece un camino, el camino; y el alma anhela, cortando las amarras, emprender el vuelo hacia lo alto.

Un paradigma mucho más pleno que los nominales o verbales, con que el latín y el griego me habían familiarizado, se extiende ante mi mirada atenta. Dan fe de su *ser camino, verdad y vida* las lenguas de fuego del Espíritu, que tendiendo hacia arriba se encaraman en las ramas de los árboles de la pradera de la Verdad, para permitirme contemplar el despliegue infinito de aquél ordenamiento espléndidamente libre, férreamente necesario. Entonces, al articular las palabras que ‘dicen’ ese fuego y arden como tizones encendidos, me descubro “una con el ser”, el Ser todo entero, todo igual, todo cambiante, todo todo.

Puedo sentir en mí esa inacabable presencia, ese *continuum* sin fin, hasta en la herida sangrante de una ruptura que a momentos se consume en una negación que afirma, en un torpor que inquieta, en una desidia que se torna cuidado, en un desamparo que se vuelve tutela amorosa y ciñe mis sienes, envolviéndome en las cálidas espirales de la misericordia. Y el *pathos* se hace *empathía* y late en ella el ritmo del Ser universal.

Desde lo profundo de mi propia dis-continuidad, mi fragilidad y mi torpeza, la palabra me reinserta en el *bíos theoretikós*, al compás de las *laudes* que celebran el advenimiento de aquello extraordinario desde siempre esperado,

que ahora asume el rostro y el nombre de Aquél que reinicia la historia y vuelve a consagrar al hombre, como depositario de todo lo que en ella ha acontecido y acontece.

Lo Cristiano madura en mí; sus raíces ahondan en el *humus* fecundo en que la raigambre clásica se había asentado. Se abre camino la certeza que tiende un puente del *logos* heraclíteo al joánico, consagrando el esplendor de la verdad. Las tres antiquísimas Musas -*Mneme*, Memoria: *Melete*, Ejercicio; *Aoidé*, Canto-, con sus alas de pájaros en cuerpos de mujer, apadrinan la aventura del descubrimiento en esas andanzas que me reconducen al pasado, me instalan en el presente y me proyectan hacia el futuro.

Un paso tras otro, intento llenar y dar un sentido a esos espacios vacíos que separan las líneas paralelas de los cuatro eslabones que articulan y condensan el humano vivir. Cada uno de ellos me exige un brinco del espíritu. Como niña que juega, voy repasando en mí la *zoé physiké*, en sus etapas pétreo, vegetal y animal, propias del *bios praktikós*. Luego salto a pies juntos de uno a otro peldaño, llevada por el irresistible impulso del espíritu que acorta las distancias, a la esfera de lo meta-físico. Intento, primero, subir los escalones de lo humano, toda tendida hacia lo inasible divino del vivir contemplante. Voy descubriendo, en mi propia verdad, el auténtico rostro de la verdad sin apelativos, la esplendencia de la *Alétheia*, la concreción del *Verum*. Me esfuerzo en romper todo esquema ficticio para abrirme paso hacia lo que funda todos los esquemas y les otorga sentido.

III. Mi experiencia de América Latina.

Su rostro clásico, su rostro cristiano

Luego, América. Tras el anhelo de alcanzar la plenitud de mi vida personal, siendo esposa y madre, que en un determinado momento se hace realidad,

emprenco un largo periplo que me lleva a sus laderas. Un mundo hasta entonces lejano y casi desconocido, tanto interior como externo, me abre sus puertas, y traspaso sus umbrales. Todo aquello que, hasta entonces, había sido mío, queda en la lejanía, mientras lo nuevo y otro, día tras día, se va situando dentro de la línea curvada de mi horizonte. Ya no la lengua, ni la mía propia ni las antiguas, desde largo tiempo familiares; no los rostros de mi gente, las expresiones conocidas, los gestos y todo aquello a que la larga convivencia ha impreso una identidad claramente definida.

“Ausencia de mundo”, la definió Ernesto Grassi. Y en ella, poco a poco, van emergiendo pináculos y alcázares, que dan cuerpo a otra presencia. Ella me adviene desde afuera y me hace experimentar una aventura. Me adentro con pasión en eso nuevo, quizás debido a la urgencia de colmar el vacío dejado por el abandono de un mundo hasta hace poco mío, que parecía haberse alejado para siempre dejándome en un estado de horfandad y penuria de ser, y que, sin embargo, seguía viviendo en mí.

Al poco tiempo, detrás de la apariencia de ese otro mundo joven -que se me muestra a a veces sumido en un torpor como de espera, otras en plena ebullición, en la fase tectónica de su consolidación política y espiritual-, empieza a aflorar un rostro a la vez extraño y familiar, el rostro clásico de América Latina. Y la ausencia de mundo se torna una presencia más fuerte. Como dice Ana María González de Tobía, argentina, en su ensayo titulado “Tradición clásica en Iberoamérica”, publicado en el primer tomo de la obra “América Latina y lo clásico” (Santiago de Chile 2003), este continente “constituye el mito de la utopía descubierta por Europa y retiene en su esencia vital el sentimiento utópico por la búsqueda constante de la unidad en la pluralidad”.

Soy europea, y me apresto a dejarme seducir por esa utopía.

América Latina: Cordilleras, glaciares, selvas casi vírgenes, desiertos, volcanes, islas de una belleza increíble; gente sencilla y abierta, siempre

dispuesta a sonreír y escuchar: Diversidad subsumida en una realidad común, articulada en tres grandes etapas: Conquista, independencia, modernidad. Su conocimiento no vino a mí a través de los libros; fui aprendiendo su lengua y sus costumbres, un día tras otro, en el contacto cotidiano, y descubrí tesoros de bondad y una infinita capacidad de entrega. Gracias a ello, nunca me sentí extranjera, aún siéndolo.

Lo clásico había llegado a estas tierras con los conquistadores, especialmente, con los religiosos jesuitas, y había prontamente ganado adeptos. La admiración por esa cultura tan antigua y tan lejana originó al comienzo un movimiento tendiente a incorporarla al sistema de enseñanza de la mayoría de sus países. Su vehículo obligado, el latín. Fue así como unas cuantas generaciones de latinoamericanos comprendieron que su latinidad no residía sólo en el nombre que los definía como latinos, y los próceres de varias de sus naciones, formados en la vieja cultura occidental de raigambre clásica, soñaron con dar vida a imperios que las reunieran en un solo destino.

Muchas circunstancias habían de impedirlo. No última la multiplicidad de visiones de mundo, que se habían constituido a la luz de lo autóctono americano, independiente, celoso de su libertad y apegado a sus tradiciones. Sin embargo, dejando de lado ciertas aspiraciones de tipo político para las cuales los pueblos latinos no estaban –ni están aún- maduros, el encantamiento producido en ellos por las civilizaciones milenarias, con las cuales entraron en contacto, despertó un loable deseo de emulación, sanamente conjugado con el cultivo y el desarrollo de su propia cultura, a la que aquél nada sustrajo de su validez. Antes bien, tuve la sensación de que lo clásico se tiñera aquí de indígena, y lo indígena de clásico, asumiendo uno y otro un colorido especialmente distintivo, y pasando a constituir ambas vertientes las dos facetas de un mestizaje bellamente matizado, rico en contrastes y vestido de una peculiar dignidad.

Y si la modernidad, con su implacable reduccionismo, no hubiese declarado guerra a lo clásico llegando muy pronto a cuestionar su presencia en los distintos sistemas de enseñanza -básica y media primero, y luego también universitaria-, y finalmente expulsando, total o parcialmente, de las aulas los *studia humanitatis*, otro sería ahora nuestro horizonte. La América Románica –como solía llamarla el ilustre filólogo argentino Carlos Disandro– terminó por desterrar la lengua de Roma, *alma mater* de las lenguas romances, la hispánica y la lusitánica, entre otras. Tamaño error que aún nos pesa y que no es fácil de enmendar.

Así y todo, había yo recién llegado a la hermosa *republica chilensis*, y ya se me ofrecía la cátedra de latín en la Scuola Italiana de Valparaíso, en un claro indicio de que en los medios cultos del país la lengua de Roma, si bien en franca decadencia, conservaba el antiguo prestigio. Era el año 1955. En ese entonces, no pude aceptar el ofrecimiento. En 1975, cuando, después de una serie de vicisitudes familiares, volví a las aulas, el Latín había desaparecido de la enseñanza pública, conservando un reducto cada vez más exiguo en las facultades humanísticas de unas pocas universidades, tanto en Chile como en la mayoría de los países del continente latinoamericano.

Han pasado treinta años, y el horizonte sigue oscuro y amenazante, con pocas excepciones. Sin embargo, bien abajo, sepultada por la desmesura y la escasa visión de una generación, para la cual el pasado ya no cuenta, la vieja simiente vive bajo las cenizas y espera que la antigua pasión vuelva a anidar en las mentes y en los corazones de nuevos pioneros. Estudiar griego y latín no es mera erudición. Ambas lenguas son en extremo formativas, y constituyen la base óptima para que los jóvenes recorran, uno tras otro, los espacios que han de llevarlos desde el eslabón más bajo al más alto, en la conquista y realización de su humanidad.

Recuperar lo clásico en nuestra América, es recuperar lo humano que hallamos en franca retirada: Su nobleza, su finura, su fidelidad a los ideales más altos y más puros, su ferviente adhesión a los valores supremos. Y esta no es una utopía. Hay, es verdad, un desasosiego generalizado, producto de una suerte de impotencia ante la avalancha de males que se ciernen sobre una sociedad que parece haber extraviado el camino, mas que necesita reencontrarse a sí misma. Tras su rostro desencantado, late un corazón ardiente, deseoso de escalar cimas siempre más altas, y consciente de que es menester que los hombres de hoy vuelvan a adquirir los instrumentos adecuados para alcanzar esa meta, primero entre todos el viejo latín.

Ellos necesitan volver a hacer una experiencia vital, plena, profunda; a sumergirse en el misterio de su propio ser, repensarse a sí mismos desde sus raíces, las autóctonas, las clásicas y las cristianas, aprehenderse en su polifacética realidad, sin dimidiarse, sin renegar nada de lo que es suyo, que les es sustrato y cimiento y les permite no desperdigar sus potenciales energías. Pero todo parece conspirar para que esto no suceda. Todo se les presenta como una lucha contra los molinos de viento de quijotesca memoria. Es lo que me parece divisar en ésta, que es ya mi segunda patria, leyendo entre líneas, y me entristece.

Porque hay un rostro suyo que emerge en mi memoria y que se formó desde mi primer contacto, en estas privilegiadas laderas de la Cordillera de los Andes, el de una gente sencilla y generosa: Es el rostro festivo de La Tirana, de Lo Vásquez y de tantos otros santuarios marianos, con sus danzarines y suplicantes; el rostro místico de los frailes del convento benedictino de Lliu-Lliu, que *orant et laborant* sin cesar, al compás de las cadencias homófonas del canto gregoriano; el rostro carismático de una juventud alegre y bulliciosa, mas fervorosamente comprometida con su fe. Y también el de una naturaleza privilegiada: El rostro paradisíaco de tantos paisajes isleños, de un desierto

que florece de improviso, como si se adornara para asombrarte; de riberas y litorales, poblados y roqueríos; de bandadas de aves revoloteando sobre las lagunas; de amplias avenidas urbanas y estrechas callejuelas que se entrecruzan, dibujando una gama de figuras que parecen gozar en sorprenderte, arterias vivas en que los hombres circulan llevando en sus mochilas sueños y pesares.

Mezcla abigarrada de anhelos y angustias, que se entrecruzan y hacen difícil, a menudo, el vivir. Aquella que para mi generación, en otras latitudes, fue experiencia de una vida al amparo, segura y protegida, es ahora para ésta, en este entorno, experiencia de un desamparo que desgarrar el corazón. ¿Cómo enseñarle a encontrar en sí misma la fuerza de luchar contra el asalto de los *-ismos* cada día más amenazantes: contra las injusticias, el desequilibrio social, la corrupción; contra la violencia, la falta de discernimiento, la incapacidad de darle un sentido a la vida y a sus contingencias? ¿Cómo hacerlo si no le damos los instrumentos?

Lo clásico, junto con lo cristiano, ofrece una inagotable reserva de fortaleza, y entrega una *lectio vitae* que difícilmente se olvida. Ambos, desde siempre, han conjugado oposiciones, traspasado fronteras, resistido riesgos, han rescatado de los tentáculos de la indigencia y del mal a los más desvalidos insuflándoles aquel *plus* de aliento y vigor necesario para poder sobrevivir con dignidad. Entramado admirable de disciplina y belleza, de libertad y sumisión, de racionalidad y sentimiento, de humildad y de conciencia de su propia valía, han forjado armas, inventado estrategias, diseñado proyectos y puesto en marcha acciones, ... y todo lo han llevado a cumplimiento por la fuerza incansable del amor. Quizás no sea una coincidencia el hecho de que *Amor* sea el anagrama de *Roma*, y de que un papa peregrino haya llevado y gritado al mundo el mensaje de que “el Amor es más fuerte”.

En esta visión retrospectiva, personal y por ende subjetiva, he tratado de recoger los hilos de la memoria, y de reconstruir a partir de una mirada empática, a veces desencantada -como digo en la presentación del volumen "América latina y lo clásico" antes mencionado-, "las etapas de una historia común de las gentes latinas, recuperando eslabones perdidos en las fauces del tiempo, que de lejanos se han vuelto próximos y familiares y han terminado por esbozar -para el hombre latinoamericano- la forma que le es propia". Para comunicarles los aspectos y el espíritu de esa forma tal como se me ha mostrado, haré un recorrido, por cierto incompleto mas a mi juicio suficientemente significativo, por los países del continente, para escuchar algunas de las voces que he recogido y que de cada uno de ellos emergen retratando su realidad.

Bolivia -cito a Andrés Eitchman- denuncia una profunda crisis de identidad, debido "*a las dimensiones de la brecha que obstaculiza la interpretación de su pasado, presente en innumerables obras escritas en latín*", y está consciente de que, mientras esta situación se prolongue, los bolivianos serán un enigma para los otros y también para sí mismos" (pp. 180-181). "*Se puede afirmar que la cultura boliviana es prácticamente indescifrable, sin el concurso de los saberes clásicos, por cuanto no solamente el patrimonio artístico, sino el mismo diseño de la sociedad, se ha generado a partir de desarrollos teóricos, cuya base es el universo clásico griego, romano, medieval y renacentista*" (p. 317).

En Brasil, -dice Carlinda Nuñez- "*el proceso de adaptación, aclimatación, sincretismo e hibridación de la herencia clásica en el Nuevo Mundo, ha resultado en el desarrollo de una cultura post-antigua y medieval a la orilla occidental del Atlántico, de la cual se ha originado la literatura brasileña. ...Esta nunca ha dejado de contener un hondo elemento autóctono que penetra en la tradición clásica y le da una expresión peculiar, principalmente a través de la renovación de paradigmas, del ejercicio de la invención y de su tendencia hacia la diferenciación*" (p.218).

Costarrica –en la voz de Luciana Sparisci- rescata “*la fuerte presencia de la retórica greco-latina en el discurso político del país. ... La tipología de ese discurso en sus técnicas y recursos denota la influencia que, en sus orígenes, tuvo la cultura clásica transmitida por las escuelas europeas, y a su vez la evolución y los cambios operados por el devenir histórico del ‘arte de hablar’ en su práctica*” (p. 274).

En México -informa Martha Irigoyen-, “*partiendo de la premisa de que el verdadero sentido de las instituciones jurídicas romanas sólo puede captarse ... en su ambiente y en su propia lengua, uno de los argumentos esgrimidos para introducir en el plan de estudio de la carrera de Derecho la asignatura ‘Latín Jurídico’ fue el siguiente: si ... los estudios de Derecho Romano han sido y son... las ‘humanidades’ del jurista, ¿por qué no proveer a éste de la herramienta necesaria para ... entender e interpretar las fuentes jurídicas; es decir, ... del conocimiento del latín, su lengua original ..., y permitirle así vivir una auténtica experiencia romana?*” (pp.291 y 295).

Dignas de ser guardadas en la memoria, son las palabras de Ignacio Chávez Cuevas, consignadas en la nueva edición del volumen “El latín en Colombia”: “*Expresión de la vida de un pueblo que dejó huellas en la historia de la humanidad, manifestación de una cultura y de una civilización que perduran todavía, el latín es indispensable para penetrar en ellas y comprender su prolongación en los pueblos románicos y su repercusión en los demás*”.

Igualmente dignas de ser mencionadas, son las palabras que aparecen en el opúsculo “El latín en el Parlamento uruguayo”, pronunciadas por un senador, durante una sesión en que se debatía sobre la oportunidad de la supresión del estudio de las lenguas clásicas en la Facultad de Humanidades: “*...no hay facultad de Humanidades sin espíritu humanista, no hay espíritu humanista sin el conocimiento de las humanidades clásicas, y no hay humanidades clásicas sin el estudio de esas dos lenguas...*” (p. 322).

Claro indicio de esta continuidad, son tantas figuras que se destacan de un polo al otro del mundo cultural latinoamericano: Borges y Lugonés, Andrés Bello y Rodolfo Oroz, Francisco de Miranda y Vicente Cicalese, José de Acosta y José Américo de Almeida, y tantos otros cuyo legado permanece, y que conjugaron con verdadera maestría y pasión sus dos almas, la clásica y la regional.

Voces aisladas, quizás, pero vehementes y persuasivas, de hombres de ayer, vigentes aún en el presente, a las que habrá que agregar las de tantos hombres y mujeres de hoy que en su quehacer docente viven en carne propia el desasosiego que genera la incompreensión de toda una sociedad volcada hacia la ilusión de poder alcanzar lo óptimo con medios inadecuados o deficientes, transando lo intransable, acomodándose a compromisos que van poco a poco desmoronando el soberbio edificio de la *areté* helénica, de la *virtus* romana, de la *caritas* cristiana. Ellas nos convocan a unir a las suyas nuestras voces y a no descuidar el cultivo del espíritu.

Para terminar, unas últimas reflexiones –parafraseando algo que he dicho en otras ocasiones (Limes 13, p.36)-: Lo clásico y lo cristiano, a pesar de los densos nubarrones que se ciernen en su cielo y de los que hemos con congoja advertido el peligro, son en América presencia viva: ella se advierte en el aire, se adensa en el modo de ser, de sentir, de pensar, de expresarse de sus hombres; se cela detrás de sus aspiraciones, de sus gustos, de sus proyectos. Se manifiesta en cosas quizás pequeñas pero sin duda significativas, que hacen parte del ser, del hacer y del pensar cotidiano: el remontarse a los comienzos en el inicio de cualquier búsqueda; el tener a los grandes del pasado como inexcusable término de parangón; el cultivar la belleza y el bien; el hacerse portadores de valores plurimilenarios; el sentir una admiración casi innata por todo aquello que sabe a armonía, equilibrio, proporción, perfección; el adoptar cánones éticos y estéticos que han sido asimilados tan plenamente que no pueden rechazarse sin sentirse

dimidiados. Hasta las rebeldías, las infidelidades, las rupturas remiten inevitablemente a aquello que se percibe como merecedor de respeto y veneración. El humanismo clásico y cristiano vive en nuestra América, y nada de lo que vive puede ser renegado. Vive para que sigamos siendo *humanos*, a pesar de las poderosas fuerzas hostiles, empeñadas en destruir esa *humanitas* que es nuestro más preciado tesoro.

e

